

—¿Sois digna de ser una reina? — dijo Cora a su majestad —. De los aquí presentes, ¿quién más podría gobernar? ¿Quién puede ofrecer su liderazgo?

—¡Yo, por supuesto! —dijo la reina —. Ha de gobernar aquel cuya palabra es ley y no puede ser contradicha. Sin ley no hay orden, y sin orden no hay paz. Aquel que cuando habla establece los límites de lo bueno y lo malo, lo permitido y lo prohibido. Aquel cuya palabra es absoluta.

—¡Tonterías! — dijo el obispo —. Ha de gobernar aquel capaz de controlar a la gente con un suave gesto de la mano. Mis fieles se sientan y se levantan sin yo pronunciar palabra alguna. Solo con la palma de mi mano les guío como al rebaño. Guardan silencio si ven mi dedo frente a mis labios o alaban al cielo si lo ven alzarse hacia lo alto.

—¡Bobadas! — dijo el burgués —. Ha de gobernar aquel cuyas riquezas multipliquen por mil al número de estrellas del firmamento. La gente es capaz de guardar silencio por una bolsa de oro y acatar las leyes más severas por una perla translúcida. Un puñado de tugriks mantiene las voluntades abiertas y al corazón dispuesto a traicionar los sentimientos.

De pronto se abrieron las puertas de la sala del trono de forma brusca. Entraron unos guardias armados con espadas desenfundadas y guiados por su capitán. Un hombre canoso, con mucha barba y ojos de mirada firme.

Los guardias se posicionaron frente a la reina, mostrándole el filo de sus armas.

—¿Que significa esto? — dijo la reina poniéndose en pie.

—Majestad — dijo el capitán —. Vos ya no sois reina de Cardora. No sois apta para gobernar y el príncipe heredero es demasiado joven todavía. Por el bien del reino, debo daros muerte.

—¡No! — exclamó la reina ante su fatal destino, entendiendo el golpe militar que estaba presenciando.

—Sin embargo — continuó diciendo el capitán —, entiendo que la inestabilidad del reino podría deberse a las falacias que el obispo a vertido en vuestros oídos a modo de consejos reales. Deberíamos darle muerte a él.

—¡¿Cómo?! — exclamó el obispo ante la sorpresa.

—Pero también — dijo el Capitán —, podría deberse a la mala contabilidad del burgués al llevar las cuentas del reino, metiendo las manos en arcas que le son ajenas, y alterando los cálculos en su propio beneficio. Deberíamos darle muerte a él, quizá.

—¡Estáis loco! — exclamó el hombre rechoncho.

—No podrán morir todos — continuó el Capitán —. La gente no verá justicia en este asesinato: tan solo muerte. Por tanto, uno ha de ser sacrificado en beneficio de la estabilidad del reino. Será mi soldado más leal quien tome esta decisión.

Uno de los guardias se acercó a la reina, espada en mano. Un hombre anónimo que no destacó en absolutamente nada. Era un completo desconocido y, por rango, no era más que un soldado raso.

Cora se apresuró y se colocó a la vera del soldado para intentar detenerlo, pero llegado el momento no dijo nada ni se interpuso. Entendió que la situación escapaba a su elección, pero ella era una bruja y, según le había enseñado su madre, ellas existían en el mundo para proteger a los seres humanos de ellos mismos. Entonces, ¿debía intervenir en la revuelta?

El soldado, un hombre ya adulto, mostró su espada a la reina, indicándole las intenciones de blandirla contra ella, así que si alegaba alguna defensa, aquel era el momento de hacerlo.

—Os recuerdo vuestra lealtad ante mi — dijo la reina —. Los soldados sois hombres de honor. Matadme y traicionareis vuestro juramento a la patria. Salvadme y os condecoraré como héroe de la nación, además de un título nobiliario que vuestros hijos heredarán durante mil generaciones.

El soldado, casi convencido de la tentación, desvió su espada al obispo. Este levantó las manos mientras el sudor le caía por la frente.

—No olvidéis vuestra comunión con los espíritus protectores — dijo el obispo —. Soy un hombre de la fe y la santidad, protegido por el templo. Matadme y la furia de los espíritus caerá sobre vos, vuestra alma vivirá un tormento eterno en el infierno. Salvadme y os prometo la entrada al paraíso, otorgándoos la vida que no acaba.

El soldado, que le complacía la idea de la vida eterna tras la muerte, desvió de nuevo su espada para dirigirla ahora al burgués, al cual parecía costarle respirar, preso de los nervios y este parecía gruñir como un cochinito.

—Tengo tanto oro como para cubriros bajo una montaña de monedas — dijo el burgués —. Matadme y mi fortuna se la repartirán los ricos y los poderosos para su disfrute y deleite. Salvadme y os pagaré más de cincuenta veces el sueldo que ganáis durante cincuenta inviernos.

El soldado comenzó a mirar a los tres, analizando quién debería morir y quién debería seguir viviendo. Estaba siendo tentado con las promesas que le estaban ofreciendo.

Cora no podía dejar de mirar, horrorizada al saber que estaba a punto de presenciar un asesinato a sangre fría. Quería intervenir, evitar que se lastimasen, pero se interpondría ante la marcha de una nación. Estaba a punto de presenciar cómo el reino de Cardora dejaba de tener un

soberano de la realeza, habiendo irrumpido la guardia con dureza y blandiendo su autoridad con poder. ¿Poder? La reina le había preguntado dónde residía el auténtico poder de un soberano y por un instante había sido convencida de que residía en la palabra y en la ley. Pero al momento, este parecía haberse transfigurado para hallarse allí donde el espíritu obedece a los designios por una creencia pasional. También parecía ser verdad que el poder residía en el dinero, el cual es capaz de comprar el mundo y darle la forma que se antoje. Sin embargo, todos esos “poderes”, que se habían planteado como una verdad irrefutable, habían perdido todo su valor cuando el miedo les había atenazado, truncados por una espada desenfundada que sujetaba un don nadie y bien era así porque el auténtico poder lo ostentaba aquel personaje anónimo. Entonces, estaba claro que el poder debía estar en aquello en lo que todo converge.